

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

63-64-65

ENERO-DICIEMBRE

1957

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:

MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS		Págs.
Francisco Larroyo	<i>Tipos históricos de filosofar en América durante la época colonial.</i>	13
Dr. Oswaldo Robles	<i>Comentario al Libro III del alma de Fray Alonso de la Vera Cruz.</i>	29
Emilio Uranga	<i>La crítica de Marx a Hegel.</i>	43
Luis Cernuda	<i>William Wordsworth</i>	55
Oliver A. Johnson	<i>La necesidad del valor en un mundo de hechos.</i>	71
Dra. Paula Gómez Alonzo	<i>Nicolás Maquiavelo.</i>	81
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>Antonio Caso y el positivismo</i>	113
Angel Ma. Garibay K.	<i>La Universidad y el Pueblo.</i>	130
Dr. José M. Gallegos Roca- full	<i>La Universidad y la reconquista de la unidad humana</i>	145
Juan Manuel Terán Mata	<i>La reforma de las profesiones liberales</i>	159

	Págs.
Luis Recaséns Siches	<i>El humanismo de Alfonso Reyes</i> 165
Juan A. Ortega y Medina	<i>El sentido de la pugna angloespañola por el dominio oceánico en el siglo XVI</i> 173
Gregorio López López	<i>La Guelagueza</i> 221
Amancio Bolaño e Isla	<i>El ser y el poder ser</i> 229
Pedro De Alba	<i>Oración por Gabriela Mistral</i> 239
Julio Jiménez Rueda	<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo y los heterodoxos españoles</i> 245
Sergio Fernández	<i>El tercer camino de Enrique Gil Gilbert</i> 255
Sara Bolaño	<i>Wenceslao Fernández Flórez y algunos aspectos de su obra</i> 267
Teresa Aveyra Arroyo de Anda	<i>El sentido de lo añoso y de lo nuevo en la poesía de Antonio Machado</i> 279

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Inéz Vargas de Núñez	<i>Iqbal's Educational Philosophy</i> (Saiyidain K. G.) 309
Pedro De Alba	<i>Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy</i> (R. Ross Stanley) 313

	Págs.
Agustín Millares Carlo	<i>Misiones argentinas en los archivos europeos</i> (Raúl R. Molina) 315
Agustín Millares Carlo	<i>La imprenta de Guayaquil independiente</i> (1821-1822). (Abel Romeo Castillo) 318
Wonfilio Trejo	<i>Lógica formal y lógica dialéctica</i> (Henri Lefebvre) 319
Inéz Vargas de Núñez	<i>El sexo en los sentimientos de inferioridad</i> (Efigenia Frangos) 325
Elsa Hernández Cruz	<i>Historia de la Revolución Mexicana (la etapa precursora)</i> . (Florencio Barrera Fuentes) 328
Bonifacio Fernández Aldama	<i>La Política Internacional de la Revolución Constitucionalista</i> . (Eduardo Luquín) 332
Josefina Zoraida Vázquez	<i>La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente</i> (Edmundo O'Gorman) 335
Edmundo Félix Escobar Peñaloza	<i>La Filosofía Americana. Su razón y su sinrazón de ser</i> (Francisco Larroyo) 338
Roberto Andrade Echauri	<i>La Filosofía en la Universidad</i> (José Gaos) 339
Mtro. J. Hernández Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 343

LA UNIVERSIDAD Y LA RECONQUISTA DE LA UNIDAD HUMANA

Más de una vez se ha subrayado la mutua interdependencia que hay entre la vitalidad y el ambiente de un país y la lozanía y la eficacia de sus instituciones docentes. Una verdad suceptible de muchas interpretaciones que, aquí y ahora, se nos presenta cargada de optimistas esperanzas. Porque es evidente que el México de hoy ha entrado con paso firme y seguro en una etapa de superación y de plenitud, cuyos síntomas se advierten por todas partes. Esa marea ascendente ha llegado ya a la Universidad, dándole, a la vez que mayores y mejores medios y elementos, una conciencia más clara y aguda de sus responsabilidades. No puede hoy cifrarse su deber en no quedar rezagada, lo que ya implica un gran esfuerzo. Su gran tarea, la que le impone perentoriamente la coyuntura que está viviendo, es contribuir tanto cuanto esté en su poder a que tenga el país los hombres que necesita en esta hora de crecimiento y de creación.

Hombres, digo, y no simplemente profesionistas. Claro está que misión fundamental de la Universidad es proporcionar a la sociedad médicos e ingenieros, historiadores y arquitectos, abogados y economistas. Pero si toda su labor se redujera a proporcionarles la suma elemental de conocimientos que los capacitan para ejercer su profesión, no habría tocado, más aún, quizá habría agravado lo que pienso que es el más grave mal de nuestro tiempo: el que los hombres hayan perdido su unidad íntima y vital y, en vez de ser cabales y enteros, dueños de sí mismos, muy capaces de movilizar la totalidad de sus fuerzas hacia el objetivo que se propongan, estén partidos o repartidos en una serie de fragmentos, inconexos entre sí, monstruosamente desarrollados los unos, atrofiados y mortecinos los otros, cuya vida, estrecha y raquística, por ser siempre de una de sus partes y no de todo el conjunto, apenas da idea de la compleja, rica y plena existencia humana.

Un hombre íntegro, al que ni le falte ni le sobre nada de humanidad, es hoy un ser excepcional. Habría que recoger trozos sueltos de muchos y muy diversos individuos, combinarlos y articularlos proporcionada y armoniosamente, algo así como lo que hacen los antropólogos con los restos fósiles que encuentran, para reconstruir un auténtico espécimen humano. Hace ya años que Ortega y Gasset, exponiendo sus ideas sobre la *misión de la Universidad*, escribió: "La gran tarea inmediata tiene algo de rompecabezas... Hay que reconstruir con los pedazos dispersos, *disjecta membra*, la unidad vital del hombre europeo. Es preciso lograr que cada individuo o, evitando utopismos, muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre. ¿Quién puede hacer esto sino la Universidad?"

En el tiempo transcurrido, poco si se cuenta por meses y días, mucho si se mide por el volumen y la intensidad de los hechos acaecidos desde entonces, la situación se ha agravado. Hoy por hoy no hay tal vez quehacer más urgente que la reconquista de la unidad humana. Por eso he creído que en este ciclo de conferencias sobre la Universidad y el humanismo, tenía que estar presente este tema, tan profundamente humano. Lo que sobre él pretendo decir se hará más claro si recuerdo primero lo que es esa unidad humana, señalo después los peligros que para ella entraña el saber actual y, por último, expongo cómo la Universidad podría coadyuvar a mantenerla o a reconquistarla.

I. *La unidad humana*. Con ella aludo al hecho, tan obvio como olvidado, que el hombre y su existencia es una totalidad y, que, por consiguiente, la visión que de él se tenga ha de ser unitaria y total. Ciertamente que no es posible abarcar su rica complejidad con una sola mirada. Por razones de método se pueden hacer distinciones y apartados, pero sin olvidar que eso es simplemente el camino para llegar a su realidad total, en la que sus diversos elementos, estratos o capas están estructurados en una unidad y forman un todo.

Lo vio con toda claridad Dilthey respecto de su devenir histórico, en el que sus distintas vivencias no acaban de adquirir su verdadero sentido sino en el conjunto total. En todo hombre la trama de su vida está tan fuertemente trabada que en cualquier momento sus hilos, los que hoy la tejen, vienen de un ayer, más o menos remoto, y se prolongan sutilmente, coloreados muchas veces de maneras distintas, en muy diversas mañanas. No pueden hacerse cortes, por muy justificados que parezcan,

sin alterar o mutilar su significación profunda. Lo que hoy parece insignificante y anodino, se ve mañana que era el germen de la gran obra futura, la que da su verdadero perfil a la vida entera. Lo que en un momento parece llenar con su presencia toda la existencia, puede desvanecerse al siguiente sin tener más consistencia que la de un tanteo infructuoso, llamado tal vez a realizarse más adelante por caminos muy distintos.

Es la unidad radical del hombre lo que permite esa reversibilidad del presente en el pasado para darle su sentido, y lo que mantiene vivo y activo al pretérito en el presente y en el futuro. En el tiempo se va desplegando lo que es constitutiva y radicalmente la existencia humana. Su unidad es tan peculiar y acusada que con harta razón ha podido decir Romano Guardini que en cuanto una energía o una materia penetra en el dominio del hombre, al momento es como absorbida por su unidad y dentro de ella adquiere un carácter nuevo. De manera abstracta siguen siendo, por ejemplo, carbono, cal, hierro u oxígeno los ingredientes que constituyen su cuerpo, pero la nueva estructura que en él tienen los determinan concretamente y les dan una nueva forma, una nueva función y un nuevo valor. Han sido asumidos por el hombre y en él son ya otra cosa.

Ahora son parte integrante de una *persona* y únicamente por referencia a ella pueden caracterizarse su ser y su obrar. No son en sí ni por sí, sino de este *sujeto* concreto, que se afirma y manifiesta en cada uno de sus elementos y en los diversos aspectos de su actividad. Es absurdo, aunque lo hagamos a cada paso, decir de alguien, como si esa fuera su definición exacta, que es ingeniero, o comerciante, o padre de familia o propietario. Por afán de laconismo, el lenguaje nos hace dar por sobreentendido lo fundamental, esto es, que es una persona, este hombre hecho y derecho al que, si se hablara con propiedad, sólo puede darse un nombre, el suyo propio, pues únicamente ese designa al verdadero sujeto, sobre el que recaen todas esas determinaciones o calificaciones. Sin esa realidad primaria, no tendría sentido nada de los demás, pues todo eso es de él, del sujeto, en el doble sentido, implicado ya en la etimología de esta palabra, de que todo lo que lo compone le está sometido (*subjicere*), y de que en sus entrañas más hondas (*subjacere*) está él, exigiendo que todos sus actos se le atribuyan y asumiendo la responsabilidad de lo que son y de cómo son. Con ellos y por ellos se afirma o se niega, muestra sus cualidades, despliega su contenido y establece sus relaciones.

Este sujeto es un *individuo*, o sea, uno e indiviso por dentro y, por lo mismo, dividido o separado por fuera de cualquier otro. Lo cual es afirmar otra vez que es una totalidad cerrada, compacta y bien trabada en sí misma, irreductible a ser referida en toda su plenitud a ningún otro sujeto. Dentro de sí lleva cuanto necesita para ser como es y para obrar como lo hace. Ni tiene que ser parasitario de nadie, ni ha de unirse intrínsecamente con nadie. Sus vinculaciones sociales, tan hondas como *connaturales*, presuponen y se fundamentan en esa su manera autárquica de ser y de obrar. Le negaría su constitución íntima quien pretendiera reducirlo a simple miembro de un organismo superior. Tampoco tiene que recibir de ningún otro, como si fuera parte suya, la fuerza con que obra. Su propio ser es la fuente de su actividad. Por muy especificada que esté, aunque toda se vierta en una obra colectiva, es siempre suya, puesto que él se posee plenamente a sí mismo.

Se posee porque es *libre*. Su libertad no es algo adventicio, sobreañadido a su propio ser, sino su manera peculiar y propia de existir. Únicamente en la libertad se realiza su ser personal, y únicamente la persona puede ser principio de actos libres. Lo es de manera tan radical que a su arbitrio queda incluso renunciar a su existencia libre. Tiene necesariamente que recurrir a su libertad, puesto que no se le da su vida hecha, sino que ha de ser él mismo quien decida su orientación y su contenido. Pero puedo decidirlo con una libertad puramente negativa, dejando que sean los impulsos internos o los usos externos los que le marquen su derrotero. Por ser siempre libre, corre el riesgo de no serlo nunca prácticamente. También está en poder de la libertad negarse a sí misma.

Por eso pudo romper su unidad, deshaciéndose, cuando no pulverizándose, en fragmentos. Se achaca ordinariamente esa ruptura a la presión de las estructuras sociales, económicas y políticas, dentro de las cuales no encuentran sitio ni ambiente los hombres cabales y enteros. Y es muy cierto que mucha veces algunas de las actuales actúan como esas grandes máquinas apisonadoras, que de elementos muy diversos hacen un solo pavimento compacto y plano. Pero no llegaría el hombre a esa apostasía de sí mismo, si no se sometiera voluntariamente a su acción trituradora. Su libertad le permite refugiarse en un ámbito propio, en el que, mientras él no les de cabida, no pueden entrar, por muy tenaz que sea su asedio, los agentes de su propia disolución. Sólo lo deshacen cuando él ya está íntimamente deshecho.

Lo que le mantiene unido y en pie es la conciencia de su propia *responsabilidad*, que es el otro aspecto, el lado interno, de su libertad. Se involucra con esta la idea de que cada cual puede hacer lo que le venga en gana, y así se la convierte en veleidosa arbitrariedad, desligada de toda norma y por encima de toda obligación. Pero eso es la desnaturalización de la libertad, que de suyo se ordena a que su poseedor, el hombre, consiga la plenitud de su ser. Las posibilidades que tiene ante sí han de ser valoradas, pesadas y medidas para ver cuál de ellas puede aportarle la realidad que le falta, la que colme su vacío, satisfaga su inquietud y consolide y justifique su existencia. Ese es el camino real de su libertad, que es un poder eminentemente positivo. Que en todo momento ande por él, es lo que procura la responsabilidad. Por eso va entrañada en la libertad y delimita su órbita.

La responsabilidad ha de entenderse, en su sentido etimológico, como la necesidad de dar una respuesta al llamamiento, que a la persona dirigen o los bienes, o los valores, o las circunstancias. En la respuesta, que cada cual dé, comprometiendo en ella su persona entera con todo lo que es y puede, se cifra la misión singular y única, que a él le corresponde. Esa es su obra personal y, a la vez, su aportación colectiva. Haciéndola, se hace a sí mismo, da fecundidad a su existencia y contribuye al enriquecimiento del haber social. Desde el momento que asume su responsabilidad, la que personalmente le incumbe, está actuando como lo que es, una realidad singular, única e insustituible, con pleno derecho a ocupar su puesto en la sociedad y a desempeñar en ella su misión. Si deja él de cumplirla, se quedará para siempre sin hacer, porque no hay ni habrá quien en ese determinado cometido, grande o pequeño, lo pueda reemplazar.

La multiplicidad de las respuestas personales, cada una única y, por lo mismo, distinta, es lo que da a la coexistencia humana su riqueza y su complejidad. Han de ser muchísimos los que respondan para que entre todos exploren y cultiven el vastísimo campo abierto a las iniciativas del hombre por esas voces o llamamientos que le lleguen de su conciencia o de los valores, en definitiva de Dios, que es siempre el que llama y ante quien se ha de responder. Ya dejó dicho Aristóteles que la mente humana era en cierto modo todas las cosas, porque es capaz de comprenderlas y re-crearlas a todas ellas. Ningún hombre puede hacerlo él solo. Aún repartiéndose entre todos el trabajo, siempre estará a medio hacer, porque la tarea hecha descubre otras nuevas y éstas otras en secuencia ininterumpida. Lo que ya se ha hecho, lo que está haciéndose cada día, ha

sido y es obra personal y propia de hombres íntegros, que en ella se han volcado por completo.

Aumentar su número es lo que importa. Nada se adelantaría con alinear ceros y más ceros. Lo que hace falta son unidades; tanto mejor cuanto más originales sean. Su cantidad, exigua o copiosa, es la que establece el nivel de un país o de una época. Desconocer su valor y empeñarse en considerarlas como fracciones, menos aún, como ceros, es un crimen, contra el que se alza el verdadero humanismo.

II. *El saber actual y la unidad humana.* Nunca fue el saber humano tan copioso, profundo y prometedor como ahora. Lo que ayer no era más que incierta siembra, gérmenes perdidos entre espinosos matorrales, es hoy espléndida mies, granada y compensadora, ante la que el corazón se hinche de esperanza. Porque siendo ya su presente tan rico y abundoso, aún mayores son las promesas que en él fundamenta. Todavía más que el número de sus conocimientos, le seduce su calidad, esa rigurosa precisión con que ha ido justificándolos y precisándolos hasta tener la plena seguridad de que son adquisiciones definitivas. Los nuevos mundos, que desde ellos avizora, no son falaz ilusión, sino metas asequibles, a las que tarde o temprano ha de llegar.

Bien está, pues, que encomie su saber, y viva prendado de él. Pero, ¿no tendrá al lado de esta faz, tan risueña y atrayente, otra más ceñuda y hasta amenazadora? ¿No será sino del saber, como el de tantas cosas humanas, desarrollarse en la lucha y en la contradicción? Porque pudiera ser que su mismo auge haya creado peligros o dificultades, que sean la tarea específica de hoy, el obstáculo que hay que superar para hacer posibles los avances de mañana.

Por lo pronto, es patente que, como ya pronosticaba Ortega, "*el exceso mismo de riqueza cultural y técnica amenaza con convertirse en una catástrofe para la humanidad, porque a cada generación le es más difícil o imposible absorberla*". El mal viene de antiguo, porque pese a nuestras ínfulas, es muy limitada la capacidad intelectual del hombre y hace tiempo que le viene ancho el caudal de conocimientos adquiridos. No tuvo otra salida que buscar remedio a su impotencia en la especialización.

Estamos ya tan familiarizados con este hecho, que no advertimos todo lo que tiene de morboso y absurdo. Porque es la confesión rotunda y categórica, de que el estudioso, no tan sólo el hombre de la calle, al que sus afanes cotidianos mantienen ajeno e indiferente a las preocupacio-

nes intelectuales, sino el que consagra su vida entera al estudio, jamás podrá llegar a la plena posesión de la verdad. Sólo ha de aspirar a ver cómo se proyecta en ese coto cerrado en que él trabaja. Lo demás —prácticamente toda la realidad— será siempre para él una misteriosa incógnita, que nunca logrará descifrar. Ha de pagar el exiguo saber, que ha llegado a adquirir, con la ignorancia total de cuanto está un palmo más allá de su especialidad.

No es ninguna paradoja decir que hoy un sabio no sabe nada. Porque una nada es, al fin y al cabo, lo que sabe. Todavía, si el saber estuviera integrado en una unidad, su especialidad le permitiría, más aún, le exigiría conocer lo que está fuera de ella. Pero hoy por hoy, en esta cultura nuestra en la que predomina la ciencia, la dispersión y complicación de las especialidades científicas no está compensada por ningún esfuerzo unitario. Se puede, desgraciadamente no es un caso hipotético, ser a la vez un especialista distinguido y un hombre inculto. La anomalía de la situación presente se revela en el hecho de que, mientras más sabe la humanidad, esto es, mientras mayor es su acervo de conocimientos, más ignorantes son todos y cada uno de los hombres.

Peor es todavía que ese saber los haga menos hombres. Porque es un saber deshumanizado. De la deshumanización del arte se viene hablando hace tiempo, pero no se había visto que era simplemente la manifestación en esa esfera particular de un fenómeno, que caracteriza cada día de manera más definitiva a la totalidad de la cultura. Romano Guardini, que lo ha estudiado a fondo, lo considera uno de los síntomas más claros de que se está desintegrando el mundo en que vivió el hombre moderno para dar paso a otro, cuyos rasgos propios aún no acaban de perfilarse por completo.

Hasta ayer, el hombre era el centro mismo de toda la cultura. Había una plena adecuación entre el hombre, su experiencia y su responsabilidad, y la cultura, creada para justificar, simplificar y facilitar su vida. La cultura estaba hecha a su medida y, por eso, era humana. No sobrepasaba lo que el hombre podía ver, entender y experimentar. Sus manos seguían siendo su instrumento principal, aunque reforzara y ampliara su poder con herramientas y aparatos. En sus trabajos podía servirse de sus sentidos, anticipar con la imaginación sus resultados, gozarse con el sello humano, personal, de su obra.

Las grandes conquistas de la técnica actual han transformado radicalmente esas relaciones. Hoy el hombre conoce, quiere y hace cosas, que

no puede ver, ni imaginar, ni asir en su realidad concreta. Para llegar a ellas tiene que valerse de cálculos abstractos y formales, en los que se evapora todo lo que pudiera ser objeto de su vivencia inmediata. Tiene que moverse en un mundo de relaciones y funciones, representadas por fórmulas matemáticas, en el que no tienen entrada ni sus ojos, ni sus pies, ni su corazón. No interviene él como persona humana, ni se compromete en su obra con todo su ser, ni en ella se vive a sí mismo. Queda alejado, extraño a lo que hace, aunque lo dirija y controle.

No es tan sólo que su estructura inmediata, sus órganos y facultades específicamente humanas, no le sirvan; es que positivamente le estorban. Cuando pone a prueba sus inventos más resonantes, se encuentra con que el hombre, tal como está constituido, no puede manejarlos. Tiene que dotarlo de nuevos sentidos, reforzar su piel, auxiliar sus pulmones, adaptarlo a nuevas presiones, en definitiva, deshumanizarlo hasta hacer de él un robot. Más que servirse de sus creaciones, ha de estar sumisamente sometido a ellas.

Ahí se trasparenta ya claramente un tercer peligro, quizá el más grave que entraña el saber actual. *Y es el de que el hombre no tenga en su poder el enorme poder que su cultura le ha dado. Tal como se la vive en nuestro tiempo, toda ella se ordena a acrecentar el poder del hombre sobre todo lo existente. Ya ha conseguido tanto que literalmente le viene estrecho nuestro planeta. Y no tan sólo porque ahora se hayan achicado sus dimensiones, sino porque cree que no tardará mucho en tenerlo medido en su puño. Ya vislumbra el día en que esté hasta en sus últimos recovecos sometido a su creciente poderío. Nada le parece imposible. Lo que hoy no resulte hacedero, lo será mañana.*

Lo que no parece tener en cuenta, y ahí acecha el peligro, es que ese poder, que tanto le ilusiona, es de suyo bivalente y puede ser utilizado lo mismo para crear que para destruir. Cree que todo aumento de poder ha de traducirse automáticamente en un aumento de bienestar y de seguridad. Así debiera ser, pero que así sea efectivamente depende de los móviles e intenciones con que el hombre lo utilice. No tiene su poder, como la luz del sol o la fuerza de las mareas, un efecto necesario. Es el hombre quien lo determina, aplicándolo como él quiera. Pero si está sujeto a la libertad humana, necesariamente ha de participar de la vulnerabilidad de ésta y quedar expuesto a que se utilice positiva y negativamente, para el bien o para el mal.

LA UNIVERSIDAD Y LA UNIDAD HUMANA

Lamentablemente no ha crecido a la par que su poder el sentido que el hombre tiene de su responsabilidad. Le falta lucidez de conciencia, entereza de carácter, normas de conducta claras y firmes, sobre todo en su trato con los demás hombres. Todavía son muchos los que creen que en aras de la humanidad se pueden sacrificar estos hombres concretos que son los que hoy la forman. O que están justificadas esas brutales discriminaciones, aun vigentes, si las abonan las diferencias ideológicas o de país o de clase.

Todavía Guardini señala otro peligro: el de que el hombre se inhíba y deje que el poder se objetivice y se despliegue por sí mismo, o sea, "por la lógica de la posición de las cuestiones científicas, de los problemas técnicos, de las tensiones políticas". No se convierte entonces en "naturalidad", pues sigue siendo una creación humana, ni por lo mismo está sujeto a las leyes naturales. Pero como por fuerza alguien tiene que poseerlo, se apodera de él lo inconsciente, cuando no llega a ser estrictamente diabólico, como la historia de los últimos años lo ha mostrado con evidencia abrumadora.

III. *La Universidad y la reconquista de la unidad humana.* De esa favorable desproporción entre el enorme poder que hoy tiene el hombre en sus manos y su poca preparación para utilizarlo provechosamente, nace la radical incertidumbre con que se presenta el más inmediato porvenir. Todo puede esperarse y todo puede temerse de un hombre, el más poderoso que ha habido en la historia y, a la vez, el de armazón humana más frágil. Son muy claras las innumerables posibilidades, positivas y negativas, que tiene ante sí; en cambio, es muy incierta la elección que ha de hacer. Necesariamente ha de tomar grandes decisiones, y no es nada seguro que vaya a ellas con la serenidad y la altura que le exige la coyuntura que está viviendo.

La misma gravedad de esa situación desplaza por igual el pesimismo y el optimismo. La cuestión está planteada en un plano mucho más hondo que ese superficial y movedizo en que se desenvuelven optimistas y pesimistas, que de ordinario sólo recogen aspectos distintos de una misma e indivisible realidad. No se trata ahora de conjeturar si el porvenir será como se lo imaginan los unos o los otros, porque lo que está en litigio es lo que ambos dan ingenuamente por seguro, esto es, si habrá o no ese porvenir. Nuestra cuestión es la de Hamlet. Es el ser del hombre lo que está en peligro.

Ante esa amenaza la Universidad ha de movilizar todas sus energías en defensa del hombre. Sería desmesurado esperar de ella la solución total, entre otras razones por la muy sólida de que su influencia sólo alcanza a una mínima parte de la juventud. Pero lo poco o mucho que pueda, ha de darlo con generosidad y clarividencia. Pesa sobre sus autoridades y órganos dirigentes el espinoso deber de determinar el modo y la cuantía de su aportación. Desde fuera, al margen de consideraciones y presiones académicas, se ven muy claramente algunas de las metas a que sus esfuerzos han de encaminarse.

La primera de ellas es que, ahora más que nunca, necesita *concentrarse en lo esencial*. Y lo esencial es el hombre, más concretamente su conciencia y su responsabilidad. Basta aludir a ello para que ya quede planteada la gravísima cuestión de la educación universitaria. Dejándola esta vez intacta, la misma enseñanza tendría que estar organizada de tal manera que, junto a aquellas disciplinas, que se ordenan a dar a los alumnos una capacitación profesional, hubiera otras, cuya exclusiva finalidad fuera hacerlos cultos, esto es, darles una serie de ideas sobre el mundo y sobre el hombre, sobre la naturaleza y sobre la historia, sobre la vida y la sociedad, que los orientaran y abrieran caminos en la bronca selva de la existencia contemporánea.

Es un contrasentido que los conocimientos profesionales no estén arraigados, como en el único terreno que puede darles consistencia y verdad, en la cultura de la que nacen y con la que están religados. Dejándolos aislados, o se quedan en vilo sin conexión con las grandes ideas o convicciones o creencias, que dan sentido a la totalidad de su vida, o tratan subrepticamente de suplantar a éstas, falseando irremediablemente sus perspectivas y criterios. No es necesario insistir una vez más en la barbarie del que no conoce más que la técnica de su profesión. Pero sí es de lamentar que, habiendo sido tan insistentemente denunciada, no se haya hecho nada por remediarla.

El remedio lo brinda la misma estructura histórica de la Universidad, cuyas distintas Facultades fueron concebidas desde sus mismos orígenes como órganos de un mismo cuerpo, solidarios los unos de los otros. La contigüidad de sus edificios era como símbolo de su intercomunicación vital. La ciencia, que se enseñaba en unos, mantenía viva y fecunda a la cultura, y la cultura, que se trasmitía en otros, daba fundamentos y humanidad a las ciencias.

Parece llegada la hora de canalizar oficialmente ese flujo y reflujo, que en la Universidad o fuera de ella nunca se ha interrumpido. Si no se crea una íntegra Facultad de Cultura, habría que poner a la de Filosofía y Letras en condiciones de poder ofrecer a los alumnos de las otras Facultades una visión íntegra de la cultura. Esas clases —cinco o seis bastarían— habrían de ser obligatoriamente cursadas por todos los que aspiraran a un título universitario.

Otra meta obligada es la de *dar primacía a la formación sobre la información*. Hoy como siempre, *más que siempre*, la aspiración ha de ser saber mejor, aunque se sepa menos. Muchas y muy diversas causas, algunas muy respetables, llevan a los estudiantes a una dispersión, de la que no puede salir más que diletantismo y pedantería. La fomentan a veces hasta los mismos planes de estudios, en los que se amontonan materias sobre materias con una preocupación tan absorbente por lo que se debe saber que no siempre se tiene en cuenta si es posible que todo eso de verdad se aprende en los pocos y cortos cursos que se le dedican.

Es ilusorio que, aún tratándose de especializaciones técnicas, se pretenda dar a los alumnos una capacitación completa en sus cuatro o cinco años de Universidad. So pena de fracasar indefectiblemente, tendrán que seguir estudiando durante toda su vida. Ya es mucho, si en la Universidad se ponen los cimientos sobre los que ellos sigan más tarde edificando. Darles base sólida, criterio seguro, métodos apropiados, disciplina de trabajo y buena bibliografía, importa mucho más que hacer con ellos una breve excursión turística por todo el campo de la especialidad, dilatadísimo siempre, aunque desde fuera parezca reducido.

La sabiduría antigua puso en circulación este equívoco adagio: *time hominen unius libri*. Equívoco porque podría también interpretarse como la justificación de esa voluntaria ceguera, que algunos tienen para las ideas y comportamientos ajenos, a los que juzgan y condenan sin conocerlos. Los vemos *no como son* en la realidad, sino como ellos arbitrariamente se los fingen, desfigurados de ordinario, porque se les despoja de la osamenta, más o menos consistente, de verdad que vertebró aún a los más deleznales.

Lo que ese adagio recomienda no es menospreciar lo ajeno, sino conocer a fondo lo propio, asimilándolo hasta hacerlo sustancia y vida de uno mismo. Es entonces cuando se llega a ese peculiar estado en el que no es uno quien tiene ideas, sino son las ideas las que le tienen a uno.

Quien se limita a tener ideas, no las deja pasar de esa zona periférica y movédiza, en que se inicia, débil y como de prestado, la vida intelectual. Ahí chocan las opiniones diversas, se desflora su novedad, despliegan su contenido, suscitan recelos o despiertan simpatías y descubren su inconsistencia o muestran su verdad. En ese singular combate vence una, que por su propio peso cae en el hondón del alma y allá se convierte en eje del propio pensamiento, que en ella se apoya de continuo y desde ella razona y juzga. Tan identificado está con ella que, si algún día le fallara, se angustiaria como si el mundo entero se desmoronara. Es esa su verdad, la que le sostiene a él y a su mundo.

Mirando de cerca esas ideas básicas, en las que cada cual cimenta su existencia, al punto se advierte que ni son una creación personal suya, ni tampoco tienen el carácter problemático, frío y abstracto, de los conocimientos científicos. Son más bien convicciones o creencias, vivas y calidas, a las que se adhiere el hombre con su ser entero. No es del caso analizar ahora el acto de fe. Para mi propósito es suficiente recordar estas palabras de Ortega, que no era precisamente un teólogo: "La estructura de la vida del hombre depende de las creencias que tenga, y los cambios más decisivos de la humanidad son los cambios de las creencias, la intensificación o debilitación de las creencias. Son ellas las que sostienen, impulsan y dirigen la vida humana. La creencia no es, sin más, la idea en que se piensa, sino aquella en que además se cree. Y el creer no es una función del mecanismo 'intelectual', sino que es una función del viviente como tal, la función de orientar su conducta, su quehacer." Es tanto como decir que es en la fe donde se realiza la unidad más vital y estrecha del hombre. En lo que cree se vuelca él entero, y lo que cree dirige y sostiene la totalidad de su existencia.

Si, pues, la Universidad le ha de ayudar a reconquistar su unidad, tendrá que *promover una revalorización de las creencias*. La ha de hacer a su manera, que no es dogmatizar sobre ellas, pero tampoco ponerlas entre paréntesis y proceder como si prácticamente no existiesen. Basta y sobra con que reconozca que "hay en toda vida humana creencias, básicas, fundamentales, radicales" ... que "constituyen el estrato básico, el más profundo de su arquitectura".

Son muchas las cosas que implica ese reconocimiento, si es eficaz y sincero. La primera no acorrallar las creencias, negándoles beligerancia, como si por no regirse por leyes estrictamente racionales, carecieran de

justificación. Tienen la suya propia y en ellas queda comprometido el hombre entero. Ya dejó dicho Pascal que ni la razón es todo el hombre, ni sirve para todo. Su posición adquiere hoy tanto mayor interés cuanto más acentuado es el ocaso del racionalismo cartesiano, en el fondo pura creencia en el omnímodo poder de la razón.

Cada quien tiene derecho a que se respeten sus creencias, lo cual exige por lo menos que no se le coloque en la penosa situación de tener que escindirse en dos: el estudioso o estudiante y el creyente. La libertad de cátedra, vieja conquista de la Universidad, permite afortunadamente que sin gran trabajo pueda organizarse la enseñanza de manera que haya homogeneidad entre los diversos sistemas de creencias, vigentes en el alumnado, y la cultura que se transmite en los distintos cursos obligatorios u optativos a que puedan asistir.

Los demás esfuerzos, que en este sentido se hagan —por ejemplo, la creación de cátedras o seminarios, en que de manera continua y sistemática se estudien las principales tendencias que prevalecen dentro de nuestra cultura— serán los que en definitiva mejor respondan a las exigencias de un auténtico humanismo, el que se cifra, más que en propugnar el cultivo de las lenguas clásicas, por muy necesario o conveniente que sea, en estimular y facilitar la existencia de hombres íntegros y cabales, unos y coherentes por dentro, capacitados para asumir la responsabilidad de realizar plenamente sus destinos.

JOSÉ M. GALLEGOS ROCAFULL